

Sr. José Alcántara Almánzar
Asesor Fundación Corripio, Inc.

Semblanza del galardonado

Un pueblo se mide no sólo por la estatura de sus héroes y el valor de la colectividad al acometer grandes empresas nacionales, sino también por el preciado aporte de sus artistas y escritores, que son los llamados a trazar un mapa espiritual de su sociedad y de su época, y a enaltecer la condición humana de sus creaciones.

Esta noche nos hallamos aquí reunidos para rendir homenaje a uno de nuestros grandes artistas de todos los tiempos. Me refiero a Manuel Rueda, galardonado por la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, con el Premio Nacional de Literatura 1994, por sus decisivas contribuciones a las letras dominicanas durante toda una vida de fecunda labor.

Siendo todavía un muchacho partió hacia Chile, país en el que perfeccionaría sus estudios musicales bajo la dirección de la afamada Rosita Renard. Durante muchos años participó en el ambiente cultural de Santiago, y conoció a las máximas figuras de la época: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, y sobre todo Vicente Huidobro, Padre del Creacionismo, cuya obra dejó en él una profunda huella.

En Chile publicó *Las noches* (1949), obra compuesta por treinta sonetos en los que prueba su cabal dominio de la métrica, su profundo sentido del ritmo, y su impresionante musicalidad. En ese primer libro ya se advertía una refinada sensualidad y, a pesar del canon clásico, la presencia de un espíritu libérrimo que otorga una importancia capital a la palabra, al efecto sonoro de los versos, a la estructura del poema, pero que no se deja atrapar por la técnica. Desde los inicios, su poesía seduce al primer contacto. Es un hermoso giroscopio en el que uno percibe que no hay un solo verso que no provenga de una honda experiencia personal. El gran valor de esta poesía reside, pues, en su autenticidad, en la atracción que ejerce sobre quien la oye o la lee, en el equilibrio de sus tensiones internas, y en su capacidad para suscitar fuertes reacciones emocionales.

El poeta es oriundo de Monte Cristi. Ese lejano pueblo de la zona noroeste constituye una de sus obsesiones mayores. Toda su obra poética, desde *La criatura terrestre* (1963) hasta *Congregación del cuerpo único* (1989), formula un retorno constante al desolado pueblo de la infancia, donde fraguó su talento artístico y empezó a soñar. Él mismo lo ha dicho con estos versos:

*...yo volví los ojos
hacia ti, pueblo mío arrinconado,
mi pasado, mi flor, mi blanca sombra,
donde apoyé los pies y puse el labio,
donde dormí diez años al amparo
de un regazo y la cálida montaña.
Yo pasé por los arcos de tu piedra,
Pueblo enterrado en lluvia y en olvido,
Y sentí que mis muertos renacían.*

Estos versos finales de la “La criatura terrestre”, piedra angular de su poesía, sirven de cierre a ese maravilloso viaje al interior de sí mismo en busca de una identidad personal. En ese poema fundamental ya está de cuerpo entero “el nombrador de cosas ya nombradas” que convierte a su provincia natal en símbolo de nuestros pueblos olvidados. Allí aparece también la soledad creadora del poeta, que se transforma en un recurso para conocer libremente el mundo, y asoman sus rostros amables la abuela, la madre, las tías, esas pequeñas diosas tutelares que volverán una y otra vez a figurar en libros posteriores, como si el autor bebiera de una fuente inagotable de la que surgen perfiles femeninos de gran reciedumbre.

Conocedor profundo de la realidad de nuestra zona limítrofe con Haití, el poeta incluyó también sus famosos “Cantos de la frontera”, creando una visión sobrecogedora de un panorama conmovedor. Es él, con su certera captación de la vida en aquella zona oprimida por la incomunicación y la discordia, el más calificado para ofrecer una interpretación ontológica del Rayano, “ese tipo indeciso –según sus propias palabras- que fluctuó siempre entre dos patrias colindantes sin tener fuerzas para decidirse por ninguna. “El rayano es, en la poesía de

nuestro autor, un individuo abrumado por la incertidumbre; un drama que tiene mucho en común con el exilio bíblico del paraíso perdido:

*Ahora estoy desterrado del Edén, sobre la roca dura,
Atento a mis entrañas,
roto mi corazón en dos pedazos de odio y abandono.
("La canción del rayano")*

Rueda es un poeta que canta a la sensualidad, el amor, el deseo, la angustia de los seres solos y desamparados. Es también un poeta de una descarnada visión de la sociedad y de su tiempo, que ha sabido captar como pocos la tragedia de un pueblo enfrentado a la injusticia y la humillación, víctima de carencias y deformaciones terribles. Ahí están, para confirmarlo, algunos textos de "Los caminos y el grito" y las trepidantes "Visiones y elegías". Pero su poesía, más allá de las fórmulas en boga, abarca un amplio registro de facetas, con soluciones formales que van del soneto al experimentalismo más audaz.

Es la suya una poesía que, lejos de todo programa, consigna de partido o alquimia de laboratorio, busca llegar a las esencias mismas de ese misterioso quehacer de alcance insospechado, que ha sido una de sus grandes pasiones vitales. Hace muchísimos años que escribió un texto que definía su concepto del poema, y del que extraemos estos elocuentes fragmentos:

*Un poema debe ser semejante y distinto a otro poema.
Un solo poema debe decirlo todo,
la sucesión de la vida y la muerte.*

.....
*Un poema debe ser una súplica a Dios y un mentís
a los hombres.*

.....
Un poema debe hablar del día y de la hora presente,

.....
Un poema debe tener prisa de acariciar o embestir.

.....
Un poema debe renunciar a toda recompensa.

.....
Y esto es la libertad. Y esto es la libertad.

Poder un día decirla como quien canta una estrofa.

(“Poema y oración”)

A su regreso definitivo a Santo Domingo, nuestro poeta se integró rápidamente a la actividad cultural del país. Aunque esta semblanza no es un recuento de su actividad musical, sería injusto omitir aquí su importante contribución al desarrollo musical del país, como profesor de los cursos superiores de piano en el Conservatorio Nacional, institución que dirigió durante dos décadas y donde llevó a cabo una intensa labor de renovación pedagógica, con el concurso de un magnífico grupo de maestros; por su excelente labor de interpretación pianística tanto y para coro, sus ciclos de canciones y sus numerosos himnos.

En 1957 se estrenó su obra teatral *La trinitaria blanca*, comedia dramática que plantea la frustración femenina provocada por prejuicios familiares y sociales. El teatro de Rueda busca siempre crear un símbolo, que es, para el autor, “más completo que la imagen, el concepto y la situación misma”. Por eso sus parábolas, entremeses, dramas y comedias, proponen símbolos de la condición humana a través de la familia, las costumbres, la tradición religiosa.

Sus obras poseen una carga poética indiscutible, pero, igual que en el teatro de García Lorca, la dinámica interna se impone a cualquier otro rasgo. La acción nunca decae en las obras de nuestro autor, y los diálogos, llenos de chispeante vitalidad y humor, nos comunican una visión del mundo de la que emana un hálito de esperanza.

Tanto en su teatro como en su narrativa –contenida en *Papeles de Sara y otros relatos* (1985)- el escritor presenta una galería de tipos femeninos que constituyen símbolos vivos de nuestra sociedad. Así, la Miguelina de *La trinitaria blanca*, encarna la frustración surgida de una prolongada soltería; la Tía Beatriz emerge como la conciencia de una familia honorable; la Canela del drama *Entre alambradas* personifica a la prostituta redimida por el amor; la parálitica de “*Papeles de Sara*”, avasallada por el deseo, es un emblema de la soledad y el abandono; y la

vieja meretriz de “Laura en sábado” se yergue como ejemplo de la purificación a través del dolor.

Los personajes de este magnífico dramaturgo y maestro de la narrativa nacional intentan sobrevivir en medio del fuego cruzado entre los prejuicios familiares y la intransigencia de un ambiente demasiado cerrado que no hace concesiones de ninguna especie. El dilema, tanto del teatro como de los relatos y noveletas, podría resumirse así: la imposibilidad del ser humano para abrirse paso en un medio estrecho, donde escasea la verdadera libertad de conciencia y de espíritu.

La década de los setenta fue realmente fecunda para el poeta. Investigó en nuestros campos todo cuanto pudo sobre el folklore, y de esa indagación surgieron sus *Adivinanzas dominicanas* (1970), y *Conocimiento y poesía en el folklore* (1971), libros publicados mientras se desempeñaba como Director del Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. Había acumulado material para un libro de cuentos populares, pero los datos se dispersaron luego de su salida del Instituto, desvaneciéndose así la posibilidad de preservar ese tesoro popular reunido con tanto esfuerzo a lo largo de años de ingente labor investigativa.

Pero el año más importante para el poeta en esa década fue sin duda el 1974. La noche del 22 de febrero pronunció su célebre conferencia en la Biblioteca Nacional, bajo el título de “Claves para una poesía plural”, dejando inaugurada una nueva etapa en la literatura dominicana. El Pluralismo nació del talento creador de un artista integral que había comprendido que nuestra literatura se hallaba empantanada y que la única manera de sacarla de su marasmo era resolviendo sus problemas a través de una renovación de procedimientos escriturales.

El pluralismo, movimiento de vanguardia en el que hay ecos de otras corrientes literarias universales, nació para vincular la poesía con su fuente primigenia, la música, y de ahí reside su originalidad. Fue un movimiento integrador en el que se dieron la mano tradición y modernidad, dando origen a una poesía de nuevos alcances fonéticos, emocionales y rítmicos.

En 1975, el autor publicó *Con el tambor de las islas. Pluralemas*, que recoge las primeras experiencias pluralistas, a las que tanto deben muchos poetas dominicanos de las últimas promociones. Al año siguiente vio la luz *Por los mares de la dama*, libro esencial en la trayectoria del autor, por la calidad y diversidad de los textos reunidos, y por la armoniosa integración de poemas experimentales, con muchos otros que prueban la madurez de su poesía de siempre.

En 1979 apareció *Las edades del viento*, obra que incluye sonetos, el importante texto “Iluminación de la nada”, que nos sumerge en las oscuras zonas del amor, y los poemas agrupados bajo el subtítulo de “Qué vamos a hacer con la belleza” y “Palabras para rehacer el mundo”, en los que retorna a la cantera de su mejor poesía. En ese mismo año fue publicada y estrenada su obra *El rey Clinejas*, muestra de teatro popularizante que revela los caracteres y los mitos de nuestro pueblo.

La culminación de su obra está contenida en *Congregación del cuerpo único*, que contiene todas las claves de su poesía, a través de una exposición que gana cada día en profundidad y perfección formal. Ahí están, llevadas a los límites de sus posibilidades, sus preocupaciones por el ser humano y su destino, las lúcidas travesuras del lenguaje, las máscaras como símbolos de la ambigüedad, la apoteosis y desacralización del cuerpo, y ese recuerdo siempre vivo de la provincia natal y de su gente.

Esta semblanza quedaría incompleta si no ofreciera en ella un breve testimonio de la calidad humana del escritor a quien hoy tributamos este homenaje. Pese a su tamaño y a ese vozarrón característico que él mismo confiesa ser incapaz de modular, habita en este gran artista un muchacho grande; ese mismo niño siempre dispuesto a dejarse sorprender, que en más de una obra suya es símbolo de una nueva expresión que nace, o lo que es igual: la esperanza de un mundo distinto para la literatura. En el fondo de este maestro exigente, dispuesto a corregir y mejorar, con ánimo perfeccionista, su producción y la ajena, bulle el espíritu del eterno joven, insaciable en la búsqueda de conocimientos, poseedor de una conciencia alerta, y lleno de curiosidad ante lo nuevo. Disfruta tanto de la lectura de un buen libro como de las maravillas de la mesa.

Apasionado, sensible, despistado, es un fiel amigo de sus amigos, un amigo generoso y espléndido, que nos contagia con sus salidas y su espontánea risa.

Quiero terminar estas palabras refiriéndome a un hecho que reviste, a mi juicio, una enorme trascendencia. Nuestro poeta recibe este galardón cuando todavía se halla en plena actividad creadora. Precisamente en un momento en que acaba de organizar su *Obra poética completa* hasta 1993, a la espera de que algún editor se anime a publicarla. Y me parece provechoso señalar que tenemos figuras literarias nacionales que están al mismo nivel de los grandes representantes de las letras españolas e hispanoamericanas. Pero mientras seamos víctimas de la “mentalidad de isla” y nos quedemos varados en el marco de nuestro pequeño territorio, no lograremos proyectar a esas figuras más allá de nuestras fronteras. Nunca tendremos un Premio Príncipe de Asturias, y mucho menos un Premio Cervantes, si no rompemos el cerco que nos hemos impuesto. Es hora, pues, de comenzar a proyectar a los grandes escritores dominicanos fuera del país.

La obra del escritor premiado esta noche sigue aumentando y deseo ofrecer algunas primicias. Tiene listas para su publicación la crónica *Bienvenida y la noche*, que sin duda atraerá la atención del público porque versa sobre el matrimonio de Rafael Leonidas Trujillo con Bienvenida Ricardo en Monte Cristi, a fines de los años veinte; el drama en dos actos *Retablo de la pasión y muerte de Juana La Loca*, que a mi entender hará historia en los escenarios donde se presente, por la calidad excepcional del texto y la solución dramática que ha conseguido el autor; y *Las metamorfosis de Macandal*, extenso poema en que el mito sirve para profundizar en los conflictos y lacras más urticantes de la sociedad dominicana.

Por último, sería una lástima que quedaran sin recoger en libro los numerosos artículos y ensayos que a lo largo de casi tres lustros ha venido publicando el poeta, en su condición de director del Suplemento ISLA ABIERTA del periódico “Hoy”, bajo el título de “Una voz”. Sus trabajos periodísticos contienen las palpitaciones culturales de nuestro país.

Prácticamente nada ha quedado fuera, desde la música y la literatura hasta las artes plásticas y los acontecimientos teatrales. El folklore, la crítica literaria, la poesía y la narrativa de la mejor estirpe se alternan con reflexiones sobre la idiosincrasia de los dominicanos, así como entrevistas imaginarias y comentarios diversos. La propia Fundación Corripio, que auspicia estos premios anuales, haría un gran aporte a la sociedad dominicana si recogiera en un volumen una cuidadosa selección de los indispensables trabajos del poeta. Dejo, pues, la acogida de mi propuesta, a la consideración de don Manuel y don José Corripio, y además miembros de la Fundación que lleva su apellido.

Ahora sólo me resta congratular al maestro Manuel Rueda por haber obtenido el Premio Nacional de Literatura 1994, y pedir a los presentes, puestos todos de pie, que tributemos una cálida ovación a este gran artista de nuestro país y del mundo de habla hispana.

17 de febrero 1994